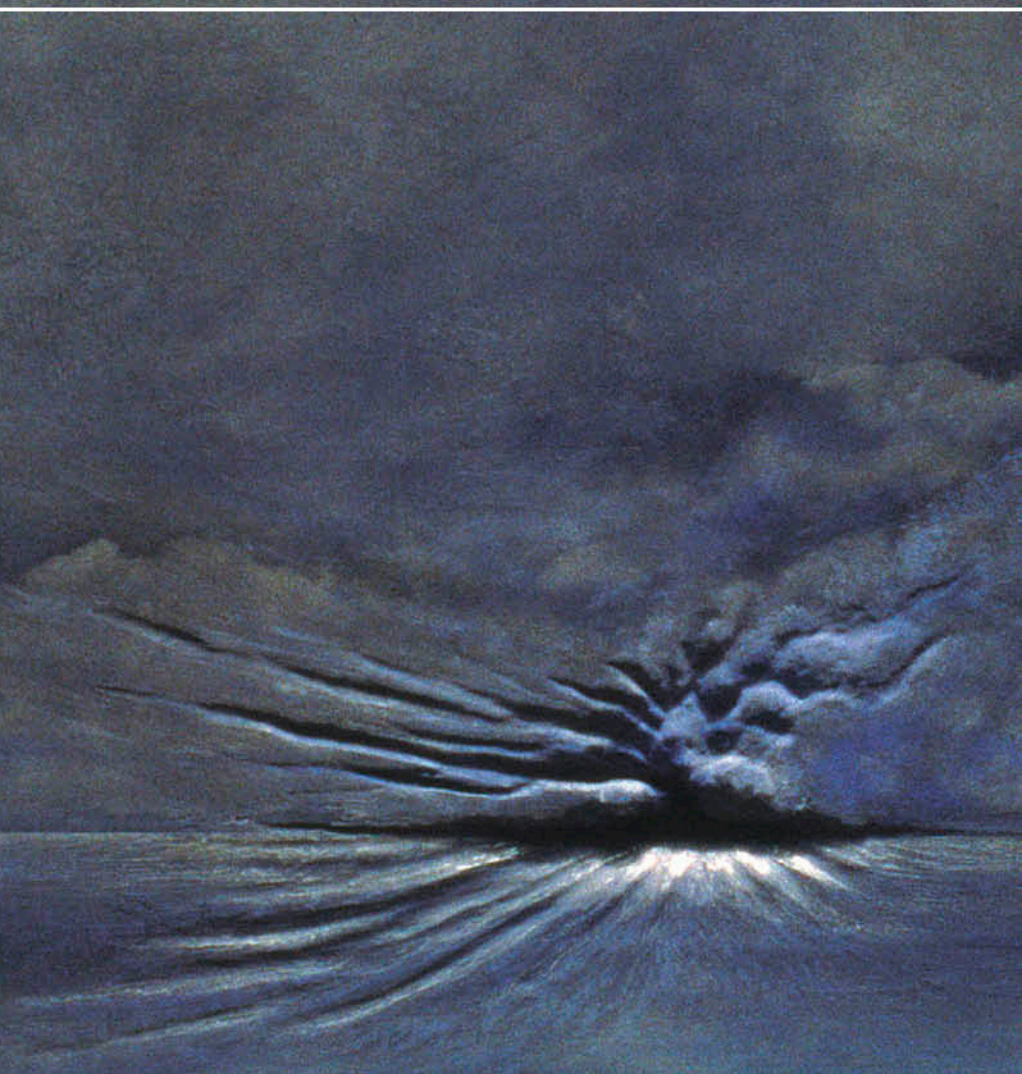


Carlos Chernov

EL SISTEMA
DE LAS ESTRELLAS



INTERZONA

Carlos Chernov

EL SISTEMA DE LAS ESTRELLAS

INTERZONA

INTERZONA

Chernov, Carlos

El sistema de las estrellas / Carlos Chernov. - 1a ed. - Buenos Aires

Interzona Editora, 2017.

296 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-3874-71-0

1. Ciencia Ficción. 2. Literatura. I. Título.

CDD A863

© Carlos Chernov, 2017

© interZona editora, 2017

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Renata Cerelli

Composición de interior: Brenda Wainer

Obra de tapa: "Aproximación al infinito", Jacques Bedel, 1996

Composición de tapa: Victoria Villalba


Corrección: Bettina Villar

ISBN 978-987-3874-71-0

Libro de edición argentina.

Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Uno de los caminos seguros que conducen al futuro verdadero es ir en la dirección en que crece tu miedo.

Diccionario Jázaro, MILORAD PAVI



LOS PROLETARIOS

Cuando Goma tenía catorce años bajó con su padre a los cimientos de la ciudad a conocer el fuego. En las ciudades techadas el fuego estaba prohibido. Las calles, paredes, pisos y muebles eran de un material liviano, barato y resistente, pero sumamente inflamable. En contacto con el fuego, el material ardía como una jalea de nafta incendiaria.

Para alcanzar los bajos de la ciudad tuvieron que descender por escaleras amuradas a las paredes de un pozo de aire y sol y, en los últimos seis metros, descolgarse por cuerdas con nudos hasta llegar a la tierra. A Goma la tierra lo sorprendió desagradablemente. En el nivel interior donde vivía no usaban zapatos, el material era muy suave; en cambio, el barro que pisaron sus pies descalzos le pareció frío y pegajoso.

Goma estuvo en condiciones de viajar a los cimientos recién en la adolescencia: bajar y subir por las cuerdas con nudos requería cierta fuerza muscular. Su padre, enfermo de los pulmones por su oficio de cortador de silicio, no había podido cargarlo sobre las espaldas cuando era niño, como acostumbraban los padres de algunos de sus amigos que habían visitado el suelo de la ciudad hacía mucho tiempo. Goma esperaba este viaje con impaciencia. En los bajos existía todo lo que faltaba en los niveles interiores: fuego, animales –¡perros!–, armas verdaderas y plantas creciendo en la tierra. Allí trabajaban los herreros, una profesión ilegal como todas las de esa zona, los vendedores de chatarra, los desguazadores, los traficantes de animales, los productores de plantas euforizantes, todos tenían su puesto en La feria de las cloacas.

El fuego no lo defraudó. Goma se quedó fascinado contemplando el bailoteo de las llamas, que se alargaban hasta teñir las caras de los herreros cuando las avivaban con los fuelles. Codeó a su padre, con la boca abierta por el asombro.

—Así es el fuego, Goma —le respondió el padre con expresión de entendido, pero en voz baja porque le daba vergüenza que los herreros se dieran cuenta de que su hijo nunca había visto el fuego.

Apareció un aprendiz cargado de trozos de material, un combustible fácil de obtener en los departamentos deshabitados. Los herreros martillaban con gesto reconcentrado el metal que siseaba al rojo blanco. El olor picante del hierro quemado competía con el olor a mierda que emanaba de los escuálidos arroyos que serpenteaban entre los puestos de la feria y se perdían en las tinieblas. No se conocía el origen de las aguas que circulaban debajo de la ciudad. Según la creencia más aceptada nacían a cientos de kilómetros, en la zona restringida que se elevaba a mayor altura, a salvo de las inundaciones. Los arroyos funcionaban como cloacas no entubadas que, además de las aguas servidas y de las aguas pluviales, recibían parte de la basura de la ciudad.

A los habitantes de los cimientos, el olor los alegraba, decían que la mierda era fertilidad. Filtraban el agua de los arroyos y recogían los desechos orgánicos; desde papel, cáscaras y restos de verduras hasta el lodo cloacal; con esta sopa de detritos alimentaban a las lombrices rojas. De las lombrices obtenían carne para consumo humano y abono para las plantas. Los criadores aprovechaban la ausencia de sol en los bajos: la luz ultravioleta mata a las lombrices rojas.

El padre de Goma se acercó a la fragua de los herreros que le parecieron más amigables y, luego de observarlos trabajar, con actitud respetuosa trató de iniciar una conversación. Había bajado a los cimientos a comprar un cuchillo. Los cuchillos eran muy caros, los proletarios solían contentarse con afilar los cuchillos de cocina. Pero, para la situación que tenía que enfrentar, el padre pensaba

que necesitaba un arma de mayor porte que esos cuchillitos de hierro dulce y mango de plástico que se quebraban contra cualquier obstáculo. Quería un cuchillo grande y poderoso, un cuchillo capaz de matar aun en manos inexpertas.

Goma se dio cuenta de que su padre estaba nervioso. La compra no sería sencilla, los herreros despreciaban a los proletarios. Cuando quisiera pagarles desconfiarían de la autenticidad de su dinero. En las ciudades seguras circulaba mucha moneda falsa, cuestión que provocaba constantes peleas. Pero la causa principal del desprecio era otra: los hombres de los bajos los consideraban indignos porque los proletarios vivían de la venta de sus hijos.

Los herreros no lo escuchaban, el padre tenía que hablar por encima del ruido de los martillazos. Sin embargo, sabía que a pesar de todo terminarían por venderle el cuchillo; no contaban con demasiados clientes prósperos. Los únicos proletarios pudientes eran los habitantes de los niveles exteriores, –los que vivían en los bordes de la ciudad– que solo ocasionalmente, en busca de mejores precios o por turismo, se animaban a adentrarse varios kilómetros en los bajos. A diferencia de los habitantes de los niveles interiores, que hacía ocho generaciones casi no se exponían al sol, los que vivían en los niveles exteriores, por trabajar en los campos o en el mar, estaban permanentemente bronceados. Para que nadie olvidara que gozaban del sol, los habitantes de los bordes siempre usaban sombrero; les gustaba tanto presumir de ese privilegio que no se lo quitaban ni siquiera para transitar por los penumbrosos intestinos de la ciudad.

Goma estaba apenado; temía que en cualquier momento su padre se pusiese de rodillas y comenzara a rogarles a los herreros que le vendieran el cuchillo. El aprendiz lo sacudió por los hombros –quizá para rescatarlo del trance hipnótico de la contemplación de las llamas o de la contemplación de la vergüenza de su padre– y lo invitó a que lo ayudara a acarrear material. El padre detuvo por un instante los comentarios aduladores con los que pretendía convencer a los herreros y le dio permiso con un ademán.

El aprendiz se abrochó un cinturón del cual colgaban cuchillas, garfios, escoplos y una maza, y le dijo que lo siguiera. Lo condujo hasta un pozo de aire y sol situado a unos quinientos metros de la feria. A Goma le repugnaba caminar por el barro y vadear los arroyos descalzo, pero el aprendiz solo prestó atención a sus quejas para burlarse de él:

—Delicado, el “pies negros” —comentó para sí mismo, examinándolo con extrañeza, como si le costara entender que alguien tan pobre pudiera protestar por las incomodidades.

Antes de descender a los cimientos, Goma se había ilusionado con que divisaría, aunque fuera muy a lo lejos, el borde luminoso del mar, uno de los límites de la ciudad. Pero hasta donde alcanzaba su vista lo rodeaba la oscuridad. A falta del mar, debió conformarse con el viento. En los niveles interiores no soplaba ni una brisa; el aire estancado, viscoso como un caldo, debía ser removido con grandes extractores, los viejos renovadores de aire de la época de la fundación de la ciudad. La sensación de frescura del viento húmedo de los bajos lo detuvo por un instante y lo hizo cerrar los ojos de placer.

2

El aprendiz marchaba silencioso y resuelto, apenas llegó al pozo de aire y sol se aferró a una cuerda, le dio unos tirones para probar su resistencia y empezó a subir por ella. Goma lo miraba desde abajo con envidia: su guía era tan fuerte que no necesitaba apoyar los pies en los nudos o entrelazar las piernas con la soga, trepaba a pulso como un acróbata. El aprendiz ascendió con rapidez, pronto alcanzó un balcón del primer piso, el punto de donde partían las escaleras amuradas, y antes de que Goma terminara de decidirse ya había desaparecido dentro de una vivienda del tercer piso.

Goma quiso demostrarle que él también era fuerte y empezó a subir la cuerda a toda velocidad, pero cuando notó que su guía entraba al tercer nivel, su ardor competitivo fue bruscamente frenado por el miedo. Desde hacía varios años el tercer nivel era una región casi deshabitada, una zona fantasma de la cual se habían apoderado los pandilleros. Con el paso de las generaciones la ciudad se había ido despoblando; los pisos medios –más calurosos y ruidosos– habían sido los primeros en ser abandonados. Todos deseaban vivir en el piso superior donde, por la proximidad con la boca de los pozos, la incidencia del sol era mayor. En cambio, los que trabajaban en La feria de las cloacas preferían el nivel inferior, vecino a sus puestos.

El piso inferior nunca había sido ocupado del todo, ni siquiera en la desesperación de los tiempos iniciales de la ciudad cuando los compradores se disputaban las casas a punta de cuchillo, incluso entonces nadie quería vivir en tanta oscuridad. Pero a los comerciantes de los

bajos el primer piso les resultaba muy conveniente: necesitaban más lugar porque solían quedarse con todos sus hijos y usaban los departamentos vacíos como depósito de mercaderías.

Los comerciantes se consideraban hombres libres. Hacía tres o cuatro generaciones se habían rebelado contra la Compañía de Bienes Raíces con la cual sus antepasados habían firmado un contrato de adhesión, cuya cláusula más resistida prohibía conservar más de un hijo por vientre.

En la época del nacimiento de Goma, el tercer nivel ya estaba desocupado casi por completo, y el segundo y el cuarto, parcialmente. Habían permanecido en ellos los proletarios más pobres. Los abuelos del padre, fundadores de un linaje familiar que durante tres generaciones había vendido hijos a los precios más altos del mercado, habían podido comprar una vivienda en el quinto nivel gracias a un afortunado parto gemelar. Ahora la situación había cambiado; Goma sabía que si su madre no se embarazaba pronto, su familia tendría que vender la casa y bajar al cuarto piso.

Encontró al aprendiz en un departamento desprovisto de muebles y tabiques divisorios; esos trozos delgados de material ya habían sido saqueados en ocasiones anteriores y en los sitios de donde los habían arrancado se advertían los bordes festoneados como una encía desdentada.

El aprendiz marcó con una cuchilla un sector de pared de un metro de largo en sentido vertical y, para profundizar el corte, le clavó un escoplo y comenzó a golpearlo con una maza. Trabajaba con mucho entusiasmo, movía el escoplo hacia arriba y hacia abajo y le pegaba furiosos martillazos. Cuando logró separar un ángulo de material de la pared, entrelazó los dedos detrás de él y comenzó a darle fuertes tirones, como si desollara un animal de cuero muy grueso. Al fin, el material se desgarró entre chillidos y el aprendiz cayó al piso, con los músculos de los hombros y de los brazos hinchados por el esfuerzo y una placa entre los dedos.

Después de tantos años, la mugre cubría las paredes como una pintura uniforme; a Goma le sorprendió descubrir en los cantos de la placa que el aprendiz había cortado, el color blanco original del material encerrado entre dos delgadas capas de roña grisácea.

El aprendiz le entregó la cuchilla y le enseñó a marcar la pared, mientras tanto él se ocuparía de cortar y arrancar. Al principio, Goma se mostró renuente, maltratar el material le producía un temor supersticioso. Pero sostener la pesada cuchilla en la mano le causó tal excitación que pronto olvidó sus escrúpulos. Ensayó fintas y la clavó en la pared como si pelease contra un enemigo imaginario, cuando se cansó de jugar se dedicó a marcar los sectores de corte.

Al cabo de un par de horas, una gran cantidad de trozos de material yacía en un montón sobre el piso y las paredes del departamento habían quedado caladas por otras tantas aberturas, delgadas, de forma ojival, a través de las cuales se divisaban las viviendas de enfrente, muy cercanas porque el ancho de la calle no superaba los seis metros.

El aprendiz estaba guardando virutas de material –sobrante de los cortes– en una cartuchera, cuando oyeron gritos amenazadores. No pudieron localizar su origen, no sabían si provenían del nivel en el que se hallaban o de alguno de los pisos contiguos. Los insultaban voces masculinas, también escucharon ruidos de pasos que se acercaban al trote. Goma corrió a refugiarse en el balcón, listo para bajar por las escaleras apenas los atacantes aparecieran en la entrada del departamento. El aprendiz sonrió y le apuntó con el dedo, advirtiéndole con este ademán que se quedara quieto. Apoyó las manos sobre las rodillas, inclinó el torso y lanzó un bramido de un volumen increíble para el tamaño de su tórax. A Goma se le erizaron los pelos de la nuca. El grito de “Los muertos”, pensó. Una sospecha incrementó su miedo: ¿el aprendiz imitaba el grito de la pandilla o pertenecía a ella? Seguramente a los proletarios

enojados los paralizó la misma duda, porque las amenazas cesaron y los pasos se detuvieron. El aprendiz remató el episodio con una risotada y, para presumir ante su amedrentado espectador, arrojó un puñal que se clavó en una lámina polvorienta pegada en la pared. Un paisaje montaños: picos coronados de nieve, un lago azul y un enorme árbol en primer plano; el puñal hizo blanco en medio del tronco. Goma conocía esas ilustraciones, cuadros con motivos similares adornaban las casas de sus vecinos. Su padre se había negado a conservar un paisaje heredado de algún tatarebuelo; decía que así eran las zonas restringidas y que como ellos no pertenecían a ese mundo, no tenían por qué vivir deseando lo que nunca gozarían.

Goma ya había visto un árbol. En un pozo de aire y sol cercano a su casa, crecía un árbol cuya copa asomaba por encima del nivel de la terraza. Cuando ensamblaron la ciudad, los arquitectos respetaron los árboles que no interferían con su inflexible plantilla urbana, es decir, aquellos que coincidían con los agujeros de los pozos de aire y sol; y de estos únicamente sobrevivieron los más altos, otros, demasiado pequeños cuando la ciudad los envolvió en sus sombras, se secaron. Los que hubieran obstruido la construcción –la mayor parte de ellos– fueron talados y los tocones podridos por la humedad quedaron como vestigios en los bajos.

La Compañía de Bienes Raíces había destinado algunas de las viviendas que rodeaban los pozos de aire y sol donde crecían árboles a funciones de parque natural. Habían levantado pasarelas que subían en espiral alrededor del tronco para que los niños pudieran acercarse a tocar la corteza; la –en otros tiempos– rugosa corteza había quedado lisa por el roce de tantas manos infantiles.

El motivo por el cual la Compañía de Bienes Raíces había donado algunas decenas de departamentos para instalar estos parques permanecería para siempre en el misterio. No parecía una maniobra comercial: la Compañía no necesitaba ninguna táctica para incrementar las ventas. Después de sobrevivir años y años

en campamentos de desplazados, atormentados por el hambre, con temor de dejar la carpa o el cobertizo de chapas y cartones, y encontrar al regreso que les habían robado las escasas pertenencias o violado a la mujer y a los hijos; después de largas temporadas de una ducha por semana al aire libre y de la amenaza permanente de enfermedades transmitidas por los mosquitos o por el agua, los refugiados estaban dispuestos a aceptar cualquier cosa, incluso una ciudad bajo techo, altamente inflamable y de la cual no se podía salir sin permiso.

En los asentamientos, las radios difundían a toda hora los nombres y las localizaciones de los millones de evacuados. El hedor de los incontables cadáveres de humanos y animales estropeó el aire y provocó la proliferación de bestias carroñeras terrestres y acuáticas. Si era cierto el rumor de que La Gran Catástrofe había sido un plan de las clases acaudaladas para deshacerse de lo que consideraban la mitad sobrante de la población mundial, el resultado fue el contrario del esperado. Aunque afectó a personas de todas las condiciones económicas, el cataclismo invirtió la fortuna de amplios sectores de la sociedad y transformó a muchos pobres en ricos. Los pobres estaban mejor preparados para sobrevivir, tanto para soportar el hambre y las infecciones como para desplegar la agresividad necesaria para apoderarse de lo que deseaban. El padre de Goma le contó que uno de sus parientes había pasado de ser un próspero corredor de la Bolsa a doblar la espalda en los arrozales, con el agua pantanosa por las rodillas, arrancándose las sanguijuelas de las piernas.

ACERCA DEL AUTOR

CARLOS CHERNOV (Buenos Aires, 1953) es médico psiquiatra y psicoanalista. Ha publicado *Amores brutales* (1993. Premio Quinto Centenario del Honorable Concejo Deliberante, 1992). *Anatomía humana* (1993. Premio Planeta de Argentina, 1993). *La conspiración china* (1997). *La pasión de María* (2005). *Amor propio* (2007). *El amante imperfecto* (2008. Premio La otra orilla, 2008) y *El desalmado* (2011. Premio Único de Novela Inédita de la Municipalidad de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires). Ha recibido la beca de la Civitella Ranieri Foundation en 2010. Sus textos han sido traducidos al inglés, francés e italiano.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA